

\*  
\* \*

J. CALIXTO NÚÑEZ, *El alma reflejada*.—Buenos Aires, Editorial Argentina Arístides Quillet, S. A., 1942. 112 pp.

En esta "alma reflejada" hallamos, sobre todo, un estremecimiento de fina intimidad, de sensibilidad delicada, de sinceridad emocional. Sin duda, los valores espirituales son, en estos versos, muy superiores a los formales. Y no porque éstos revelen descuido o incorrección, sino porque en ellos el poeta no ha logrado —o no ha querido lograr— la forma estilizada que es uno de los grandes aportes estéticos. Así, estos bellos poemas participan de algunas características de la escuela "modernista" y en ellos se funden elementos del simbolismo y del parnasianismo, lo que significa que J. Calixto Núñez es poeta que logra formas rítmicas muy cuidadas. En otras páginas —y muy especialmente en sus poemas breves, a veces de una sola cuarteta— el poeta se expresa con la limpidez propia de un romancero, y logra ahí sus acentos más humanos.

\*  
\* \*

ELIA GIL SALGUERO, *Levedad*.—Montevideo, Edición de la autora, 1944. 48 pp.

La autora de este librito publicó anteriormente dos obras de poemas: *Flor de tres pétalos* (1942) y *Pregón de luz* (1943). Ya en ellas se revelaron las características salientes de su individualidad lírica: sutil, musical, intimista, estremecida de gratitud frente a lo bello de la vida y de la naturaleza. En su tercer poemario, tales virtudes han ido *in crescendo*. Además, en él Elia Gil Salguero señala el cultivo de la estrofa grácil, menuda, juguetona, "leve". La estrofa que tiene la finura y la redondez de las coplas populares. He aquí algunas muestras:

En caracol de nácar  
puse el oído  
y escuché dentro un lloro  
como de niño.

—  
Para alcanzar a lo alto  
no es necesaria la canción.

El sol, un perro, un caballo  
me dan noticias de Dios.

—  
Tormenta sin relámpagos  
me da tristeza,  
que con luz, hasta el rayo  
tiene belleza.

GASTÓN FIGUEIRA,  
*Montevideo.*

LUCAS MANZANO, *Caracas de mil y pico*. Prólogo de Pedro Sotillo.—Caracas, Impresores Unidos, 1943. XIX, 278 pp.

Integran este volumen una serie de narraciones de la vieja vida venezolana, escritas en llano y ameno estilo. Datos que hasta ahora poseíamos consignados en escuetos documentos o en tradiciones poco conocidas, han sido material utilizado por Manzano para sus animadas crónicas, en las que sentimos el ambiente y contemplamos en movimiento muy interesantes personajes de nuestro pasado.

Caracas y sus primeros alcaldes, la procera figura de don Diego de Lozada, la discutida primera casa de la esquina de Maturín, y numerosos capitanes generales, desfilan por estas páginas y son tema central de los relatos. Los hombres, heroicos unos, contraídos a empresas progresistas otros, aparecen retratados en raras y curiosas anécdotas. No podían faltar en un libro como éste, destinado a revivir nuestros viejos tiempos, aquellas luchas tremendas —que hoy nos resultan pintorescas— que entablaban los ilustrísimos obispos, ya para defender su jurisdicción, ya para intervenir severamente en la reforma de las costumbres; ni la conducta severa y celosa de los Ayuntamientos, prestos siempre a luchar porque sus prerrogativas se mantuvieran intactas.

La nota irónica y el tono burlón muchas veces usados por Manzano en estos relatos, dan característica especial al libro, y aunque no siempre oportunos, son en suma el juicio que al autor le inspiran los sucesos comentados.

Para mí ha sido motivo de especial satisfacción la glosa que con tanto talento ha hecho Manzano a algunas crónicas mías escritas en vista de documentos inéditos del Archivo Nacional, entre otras las que se re-